El vendido

Andrés Dickinson

Capítulo 1

A Sebastián Soto, por su apoyo amistoso

y credibilidad en mis aptitudes.

Miedo. Fue lo primero que sentí al verme atado de manos al espaldar de una silla que chirriaba con acento estruendoso. Lo supe luego de abrir los ojos tras el aletargamiento del cloroformo. En ese momento, lo último que recordé fue que me encontraba en un restaurante de la ciudad con mi novia, o al menos esa era la persona que me mostraba la memoria. Estábamos almorzando filete de cerdo, arroz y un poco de frijoles de sazón grasosa. Ella me hablaba de sus cosas diarias, en tanto yo, casi sin escucharla, pensaba en la noche que me había prometido con juegos eróticos, danzas de la mano con el demonio, vino, velas y demás placeres demacrados por el deseo.

Recuerdo que de un momento a otro cerramos las cremalleras de la voz. La estancia se encontraba diluida en el silencio y la soledad era nuestra invitada especial a la mesa; comía con nosotros propagando esa incomodidad resultante de la falta de ruido, que se entremezclaba con la luz lánguida y pálida que despedían las lámparas baratas. No veía meseros, y la muchacha de la caja registradora se había esfumado. Para dónde, no lo sabía, y jamás lo supe. Mi novia, al masticar, atisbaba con ojos entrecerrados las moscas que volaban en derredor de las lámparas. Una se acercó a mi plato, tratando de meterse en la cena recién servida. Traté de aplastarla en un aplauso, pero voló por su vida antes de tiempo. ¡Se me había escapado!

Además, en un ligero atisbo, me di cuenta que ella miraba todos mis movimientos, queda, silenciosa, apaciguada. Se ensartaba de cuando en cuando sus embutidos de arroz con frijoles, mientras yo, alelado, contemplaba la comida con desgano. De repente –su velocidad fue impetuosa–, ella me agarró de la mandíbula con trapo en mano, y esa fue la última imagen que divisé en mi estado consciente. El recuerdo me trajo al presente la fealdad que su rostro dibujaba pernicioso, jactado de una belleza de maldad furtiva, lo que me azaró por completo.

Luego desperté en aquel lugar diabólico. Era un cuarto estrecho, envuelto en una penumbra tediosa, de la que provenía el ruido de las ratas que, posiblemente, estaban lamiendo una lata que sonaba hueca en el ambiente. La puerta estaba abierta y me iluminaba una luz amarillenta que vomitaba una bombilla del pasillo. Pese a la sombra, en el costado izquierdo de lo que parecía un comedor, identifiqué una segunda puerta. Me supe en cautiverio y el espanto se apoderó de mi conducta. Traté de

moverme, pero me fue imposible. El corazón me brincaba a bríos, y el sudor me incomodaba haciéndome retorcer en aquella silla polvorienta. El nerviosismo me dominaba, el miedo se colaba cada vez más en mi espíritu y quizás fue por eso que no caí en la cuenta de la mordaza que me sofocaba.

Intenté gritar, pero el grito se ahogaba en mi garganta, haciendo enrojecer mi pecho de desespero. Entonces escuché. A lo lejos, vagamente, se oía el ruido siniestro de un cuchillo al afilarse. Agucé el oído. El sonido provenía de la segunda puerta del cuarto. Pensé que tal vez el arma estaba siendo preparada para mí, el invitado especial en aquella fiesta de terror. Claramente era el terror el que me asediaba, el que embadurnaba mi alma de una pérdida incalculable de esperanzas. Me di por muerto en esos momentos.

Escuché, después de un tiempo, unos pasos que herían la madera del suelo, unos peldaños que crujían al contacto; al parecer la casa estaba vieja y acabada. Pese a que intenté zafarme, me fue imposible. Un dolor, semejante a una quemadura, me retorcía las muñecas al moverlas. Así pues, no sé por qué, pasé a moverme como un energúmeno en la silla, por lo que caí de costado sobre el suelo de tablas polvorientas. El punzón que sentí fue inmenso; creí que me había quebrado una costilla.

Con el dolor en aumento, observé desde mi sitio unas botas sucias de finquero. Mi mirada fue subiendo, como palpando la dimensión inconmensurable de un risco o una montaña, poco a poco con esfuerzo, detallando a un hombre rechoncho, de abultado abdomen, el cual llevaba un delantal de carnicero untado de sangre al parecer fresca. Sus facciones eran maliciosas. Alrededor de la boca se dibuja un candado mal formado; sus narices eran chatas, sus ojos refugiaban una maldad innata producida por el sufrimiento y el despojo forzado de su moral. Dio algunos pasos y al momento me levantó del suelo –con silla y todo– encajándome en sus abultados hombros, provistos de grasa coagulada, y, bajando unas escaleras, me condujo a una cocina que hervía de un hedor lastimero.

Es cierto que cuando el ser humano se encuentra en situaciones peligrosas –donde su existencia se ve amenazada por la muerte que le acaricia la mejilla, hablándole sórdidamente al oído, silbando y resoplando su cualidad auspiciosa– tiende a evocar hermosos sucesos de su vida. Escarbando en las entrañas, pronto las añoranzas aparecen como un hijo que exhortara la felicidad al viento, lejos de él, que está perdido buscando en el ensueño una manera de vivir. Así me sentía en esa morbidez. Loaba prerrogativas al Dios del cielo, rogando a punta de sollozos porque me hiciera digno de su indulgencia.

Por si fuera poco, cuando estaba sobre los hombros de aquel hombre ralo, logré identificar un olor nauseabundo, provocado por el sudor reseco en sus axilas. Además, el sudor de su espalda me empapó el rostro, al

punto de saborear la sal de ese líquido pegajoso. La sangre, que también cubría los brazos y las manos, emanaba un olor pútrido, exuberante. Por poco y vomito en su lomo apestoso. Me tragué la mezcolanza de los frijoles, el arroz y el filete de cerdo ya consumados.

Una vez en la cocina –un lugar no por menos terrorífico que inhóspito–, el bruto rechoncho me depositó en el suelo con violencia. No podía creer lo que mis ojos veían: en una pequeña mesa vestida de un mantel lujoso pero ensangrentado, yacían cabezas de humanos que formaban una pirámide mortecina. Con alevosía, moscas y gusanos hacían su labor correspondiente. Como quiera que me pusiera enfrente de la nevera abierta, divisé, en una bandeja metálica guardada en el congelador, un cabello sucio y tieso, una boca abierta, sin dientes y sin lengua, unos ojos desembarazados, pero sin vida, mirando hacia la podredumbre del recinto. Al lado mío había otra mesa desnuda de tablones carcomidos por las polillas, encima de la cual se hallaban, lívidos, como serpientes desnudas de piel, intestinos delgados a la intemperie, y para completar el festín macabro, un torso sin brazos ni piernas. Fue horroroso el escalofrío que me recorrió el espinazo cuando vi los restos de ese hombre mutilado sin conmiseración. Además, justo detrás, en la misma mesa, había una licuadora inactiva pero llena de carne triturada.

La macabra imagen me revolcó el estómago. El carnicero, aquel que separó la cabeza de ese cuerpo jamás visto, se encontraba haciéndole una incisión a una chica atada a un pórtico, completamente desnuda. Se encontraba con las manos amarradas como lo estaba yo, a diferencia de que ella estaba pendiendo del vano igual al péndulo de un reloj. Sin duda, estaba ya muerta; lo supe por el olor pestilente que despedían las heridas de su cuerpo: dos en el costado, producto de ardorosas puñaladas, otra más en la pelvis, y breves incisiones en la piel que, más temprano que tarde, se infectaron al punto de provocar el colapso de aquella vida vulnerable.

El horror y la tortura iban más allá de la agonía, sobrepasaban los senderos de lo macabro, suspiraban la malicia que exhalaban las rosas del rencor. Mis lágrimas no cesaban de rodar. La muerte seguía sentada en mi regazo, mirándome con ojos fantasmales.

Trastornado, observé que el animal sacó en sus manos sucias el corazón bañado en sangre del cadáver. Un corazón que lloró su vida, acabada por el despótico cuchillo, el cual dejó sobre la mesa que estaba al lado mío. Miré en su rostro la sonrisa morbosa que manifestaba un gran placer, ese que dominaba sus deseos perniciosos. Al parecer disfrutaba de la cacería humana. Un triunfo que lo enorgullecía en su demencia.

La agonía reprimía mi valentía. Mis fuerzas flaqueaban de temor y las esperanzas de salvarme de ser acuchillado como un cerdo en navidad me abandonaban con el paso de los minutos. En cierto momento, una vez que

lanzó el corazón, como si de algún desperdicio se tratara, al lavadero lleno de un agua putrefacta, el hombre se retiró por una de las dos puertas que daban acceso a la cocina. Extenuado, melancólico, cansado del dolor, me pregunté cómo era posible que en el mundo existieran hombres tan malévolos, capaces de matar a alguien simplemente por diversión, o por vengar las humillaciones que le causaron en su infancia miserable. Hombres tristes y compungidos, tratando de enmendar su error al nacer en este mundo que los enseñó a matar. Por más que trataba, no podía asimilar aquella atrocidad del alma humana.

Atado de manos como estaba, me di a la tarea de encontrar una forma de escapar. Fue cuando atisbé el cuchillo que dejó la mano gorda del carnicero sobre la mesa cercana a mi costado. Decidí recostarme con cuidado y tratar de agarrarlo con la boca, sin importar si me cortaba en la maniobra. Con gran esfuerzo, tuve éxito; así que, a paso seguido, dejé caer el cuchillo tras mi espalda: dio en el espaldar de la silla y finalmente cayó en mis manos, amoratadas ya por la sangre estancada. Mis dedos parecían de ventrílocuo por la agilidad con que el cuchillo cortó la cuerda. En ese preciso instante regresó el sujeto con hacha en mano. Se acercó a mí tomándome la mandíbula: analizó mis facciones, olfateó mi rostro, mi cabello sudado y rebujado, buscando en mis pupilas la excusa perfecta para asesinarme cuanto antes.

Mis manos permanecieron quietas, intentando simular la liberación, que entonces sentí llena de gloria. No aguantando más su fetidez y fealdad, que entonces me hostigaba, de un zarpazo le clavé el cuchillo en la barriga enorme. El bramido de dolor que emitió se extendió por la casa entera, momento en el que aproveché para empujarlo y lanzarlo de espaldas contra el suelo; los cimientos temblaron y del techo cayó una lluvia amena de polvo y aserrín. Me despojé de la mordaza, remojé mis labios, zafé con habilidad las ataduras de mis pies y corrí en dirección a la puerta más cercana. Fue cuando sentí que el hijo de puta me tomaba del pie con una fuerza animal que me hizo rechinar los dientes. De alguna manera jamás solté el cuchillo, así que, doblando un poco mi cuerpo hacia atrás, lo apuñalé en el pecho, por lo que me soltó gruñendo de dolor.

Corrí por toda la casa buscando la puerta de salida. Desesperado, entre la bruma de saberme libre y la ausencia de una atmósfera concreta –sentía que no podía respirar–, y al notar que las puertas estaban selladas con tablas clavadas, recubiertas con alambres de púas, decidí romper con una silla la única ventana que encontré en la sala. Salí como pude, evitando el filo de los vidrios. El aire, tibio y débil, propio de una noche bochornosa, me llenó los pulmones y el ser completo.

Corrí por medio de un sembrado de maíz, de los cuales salían los cuervos espantados. En mi carrera miré al cielo y noté el chacoteo de las estrellas, que al parecer danzaban ufanas de mi triunfo. Excitado, mi corazón sintió el placer de saberse libre y mi alma se llenó de regocijo. A

lo lejos escuché un ruido de motores y aceleré el trote porque me imaginé una luz esperándome para salvarme. Sentía que el maizal estaba pronto a terminarse, que pronto iba a descansar.

De repente sentí que mi espalda, como un lienzo que fuera destruido con violencia, se rasgó ante el golpe fulminante de lo que supe luego era un hacha. Sentí un dolor incalculable. Caí en el suelo de bruces, sin que mis manos pudieran refrenar mi peso, por lo que mi rostro se llenó de polvo y sangre. ¡Creía que era libre! El olor del asfalto llegaba con ahínco a mis narices. En medio de mi desvarío, un coche frenó en seco a un metro de distancia delante de mí. Una vez más creí en mi salvación. Por debajo del auto, bocabajo como estaba, noté que, por los tacones que brillaron carmesí, el conductor era una mujer. Al verla de cuerpo entero sentí que el carnicero era un bufón al lado de esa figura infame, armada con un bate de béisbol. El miedo saturó mi espíritu, el terror me cautivó ante su fulgor bermejo. Aquella mujer era mi novia.

–Déjame intentarlo –escuché que le decía a alguien tras de mí que no veía–, quiero acabarlo con mis propias manos.

No hubo respuesta. Tras un momento de silencio, volvió a decir:

–El trato era ese, ¿sabías? La idea era matarlo en la casa, no en otra parte. Si logró escapar de ti es porque eres un incompetente. Después de todo el dinero fue depositado donde me lo indicó tu madre, la enferma esa que te ha esclavizado la vida entera. ¡Míralo, está acabado! Yo lo mataré.

Se acercó a mí dos pasos y, con ojos voraces, descargó su ira incognoscible sobre mi cuerpo que yacía malherido en la carretera, montón de carne magullada, regateada por la muerte, cuya alma, desde un principio vendida, se abandonaba a la desilusión.

Andrés Dickinson

Medellín, julio de 2013 – diciembre 2019

Andrés Dickinson

Medellín, julio de 2013 – diciembre 2019